

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

Últimamente recurrimos insistentemente la palabra “esperanza”. Esperamos que la vacuna sea eficaz y sin contraindicaciones, que se vacune a todo el mundo cuanto antes, que desaparezca esta mala noticia que nos aterra de la pandemia. Esperamos normalizar nuestras vidas de relaciones, salir sin miedo, viajar, abrazarnos, dejar a un lado las incertidumbres, etc. Pero ¿qué habremos aprendido de cuanto estamos pasando?, ¿habrá cambios profundos en nuestra vida?, ¿seremos más conscientes de nuestras limitaciones y fragilidades, de nuestra vulnerabilidad humana?, ¿habremos tomado conciencia de que no somos dioses, ni todopoderosos?, ¿seremos más solidarios?

Hasta ahora nuestras esperas estaban relacionadas con los logros que se pueden alcanzar a través de la inteligencia artificial, con los cambios que se darán con la robótica y toda la ciencia tecnológica. Cada día seríamos un poco más dioses, todo puede estar a nuestro alcance, sin que nada ni nadie pueda impedir el progreso indefinido hacia el que nos dirigimos. Era el mito de progreso. Pero hemos podido comprobar que estas esperas pueden desvanecerse en poco tiempo, generando ansiedad, angustia, miedo y muerte. Un pequeño virus nos ha puesto en jaque mate.

No sé si, después de toda esta aventura desconcertante de este coronavirus, volveremos a una vida hedonista y consumista. Vivir al día, para disfrutar, sin saber hacia donde caminar, sumergido en un laberinto de dudas y vacíos.

Hemos querido quitar a Dios de nuestras vidas, y solo hemos querido caminar apoyándonos en las pequeñas esperas materiales de cada día, olvidando la gran esperanza, que se fundamenta para nosotros en Dios.

¿No estará el hombre de hoy necesitando más que nunca al “Dios de la esperanza” (Rom 15,13)? Ese Dios del que muchos dudan, al que bastantes han abandonado, pero también el Dios por el que tantos siguen preguntando. Un Dios que puede devolvernos la confianza radical en la vida y descubrirnos que el hombre sigue siendo un ser capaz de proyecto y de futuro.

Hemos de escuchar las palabras de Jesús: “Estad atentos”, “Vigilad”, “Despertad”. Quizás estábamos soñando desde esa burbuja de nuestro ego, que nos tenía demasiado centrado en nosotros mismos; un sueño de comodidades, sin grandes compromisos ante los demás. ¿Qué estábamos soñando? Ya habíamos dejado atrás los sueños de las grandes utopías, de los

grandes cambios de la sociedad, de un mundo regido por la fraternidad y la justicia. Ahora nuestros sueños son más localistas y familiares, más ajustados al momento presente, más en la línea del tener que del ser. Y cuando despertamos, en algunos momentos, nos sentimos desorientados, sin saber hacia donde dirigirnos, con una gran tristeza y vacío. Tal vez nuestra vida va perdiendo color e intensidad. Poco a poco parece que todo empieza a ser pesado y aburrido. La vida ya no nos llena.

Por eso, el grito de Jesús llamándonos a vigilar es una llamada a despertar a la esperanza. Necesitamos despertar a la esperanza, que se funda en Cristo resucitado. Hay que estar atentos para saber que se va apagando en nosotros, qué está ocurriendo en nuestras vidas para que perdamos la pasión por vivir. Hay que abrir los ojos para poder comprobar que la verdadera alegría está desapareciendo de nosotros. Ya no somos capaces de saborear lo bueno, lo bello y grande que hay en la existencia.

Creo que esta pandemia nos ha ido sumergiendo a todos en una tristeza, que llega a convertirse en ambiental. Y puede que esta tristeza, que progresivamente va avanzando, nos pueda endurecer y cabrearnos. Los mensajes, las actitudes y decisiones de los políticos tampoco favorecen para nada el cambio en la vida de las personas, más bien, nos enfurecen. Sin darnos cuenta vamos cayendo en el escepticismo y la indiferencia, en la condena constante y en la descalificación de todo. Todo ello provoca un “sálvese el que pueda”. Pero la verdad es que la vida se nos está escapando y vamos envejeciendo no solo exteriormente, sino también interiormente.

¿Qué hacer? Hemos escuchado al profeta Isaías que nos pide salir del letargo para adherirnos al Señor. Nos ha dicho que el Señor es nuestro Padre y Libertador. Con él se destruye el miedo, se genera la pasión por la vida y el deseo de comprometerse en favor de los demás. Así la esperanza se convierte en confianza y en amor abundante. Quien espera no se cruza de brazos, se arriesga, lucha por los demás. Está llamado a ser profeta de esperanza. El lenguaje de este profeta es nuevo. Habla desde los signos de esperanza. Contagia vida. No habla continuamente desde la negatividad, observando solo el mal del mundo y de los otros. Mira lo que está por nacer cuando se ama. Sabe que nada está perdido. Y esta esperanza ha nacido en él porque lleva en su corazón al Dios de la vida, no el de la muerte.

Es tiempo de adviento, tiempo para renovar nuestra esperanza en Cristo. Necesitamos despertar y abrir los ojos. Aprendamos desde cuanto está aconteciendo con esta pandemia que nuestra vida la tenemos mal planteada. Hemos de reaccionar. Estemos vigilantes. Tal vez, hemos de tomar alguna decisión.